

Gilda Zazzara, *La storia a sinistra. Ricerca e impegno político dopo il fascismo*. Roma-Bari: Laterza, 2011, 195 págs.

“Vacíos de memoria”. Así rezaba el título de un libro publicado en 2007 por un agudo historiador cuyo objetivo era explicar los motivos por los que amplios sectores de la sociedad italiana parecían haber perdido un contacto con su pasado colectivo reciente¹. En efecto, la reflexión del autor, Stefano Pivato, tuvo el mérito de señalar, entre otras cosas, cómo el final de la llamada “Primera República” (1945-1992) a causa de la implosión del sistema de partidos nacido después de la II Guerra Mundial, trajo consigo un efecto indeseado: el abandono de la historia contemporánea italiana como parte medular de la identidad republicana. Una vez desaparecidos los grandes partidos de masas que, pese a todos sus defectos, educaron durante lustros a millones de italianos en los valores democráticos, la historia reciente perdió el peso social que tan laboriosamente había ido adquiriendo a partir de 1945; poco a poco, temas tan delicados como el fascismo, la Resistencia partisana, el papel italiano en los dos conflictos mundiales y hasta la fenomenología que asumió la construcción del Estado unitario en el siglo XIX, dejaron de tener visibilidad mediática o, peor aún, fueron objeto de revisiones científicamente inconsistentes cuando no políticamente intencionadas. Desde luego, tanto el *humus* cultural del que eran portadores Silvio Berlusconi y sus aliados posfascistas como el secesionismo – más cultural que político – de la Liga Norte contribuyeron a debilitar la memoria histórica de una sociedad cuya mayoría había interpretado hasta entonces el “Risorgimento” y la liberación del fascismo como etapas de madurez democrática del país. Pero el problema concernía también a los herederos de los extinguidos Partido Comunista Italiano y Democracia Cristiana, cuyo desinterés por la historia ha sido cada vez más evidente, y a no pocos medios de comunicación, que, en vez de dar voz a los numerosos contemporaneístas que hacían su trabajo con seriedad y rigor, preferían apostar por el sensacionalismo de publicistas sin ningún escrúpulo filológico. Como afirma Mirco Dondi, en la Italia de los últimos veinte años se ha asistido a un proceso parecido al de la globalización por el cual de la historia *sólida* se ha pasado a la historia *líquida* y el pasado, ya sin referencias y no anclado en la lectura de las obras historiográficas, se ha convertido en una suerte de supermercado que cambia las versiones de los productos según las exigencias².

Si este es el panorama actual que constatan estos historiadores, y si realmente la historia contemporánea tuvo para los italianos de la Primera República una innegable importancia cultural y cívica, ¿cómo se construyó y difundió la contemporaneística italiana a partir de 1945? A esta pregunta intenta responder Gilda Zazzara en un libro que se propone trazar tanto una historia sociopolítica de los contemporaneístas italianos como una descripción del surgimiento e institucionalización de la Historia Contemporánea en cuanto disciplina académica. Un enfoque, pues, que entrelaza política e historia; o, para ser más exacto, que parte de la política para llegar a la historia, por dos razones: porque el nacimiento y consolidación de la Historia

¹ Stefano Pivato, *Vuoti di memoria. Usi e abusi della storia nella vita pubblica italiana* (Roma-Bari: Laterza, 2007).

² Mirco Dondi, “La guerra civil italiana: de las armas a la memoria”, en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras* (Madrid: Los Libros de la Catarata, 2012), 73.

Contemporánea fue obra de historiadores pertenecientes al área de la izquierda – comunistas y socialistas, por supuesto, pero también republicanos, demócratacristianos progresistas y antiguos miembros del Partido de Acción –; y porque lo que les movió hacia el estudio del pasado más reciente fue una causa estrictamente política: el haber vivido el fenómeno fascista y la lucha partisana. Comencemos por este último punto.

Para la generación de historiadores que protagonizarían esta historia, la Segunda Guerra Mundial representó un cambio no sólo político, sino también cognitivo. No era para menos, si tenemos en cuenta sus biografías. Nacidos entre la Gran Guerra y la instauración de la dictadura mussoliniana en los años veinte, se habían educado en el lenguaje y ritos del Estado fascista, amén de hacer sus primeros pinitos intelectuales en las revistas universitarias del régimen. Si bien no todos habían militado en organizaciones fascistas, su formación se desarrolló en medio de un conformismo cultural del que ellos tampoco supieron –o quisieron– distanciarse hasta la caída de Mussolini en julio de 1943³. Después de la división territorial de Italia que se estableció tras el armisticio que el nuevo presidente del gobierno, el general Pietro Badoglio, firmó con los Estados Unidos y sus aliados en septiembre de 1943, muchos de ellos ingresaron en (o colaboraron con) las brigadas partisanas para combatir a los alemanes y a los fascistas de la República de Saló que se había creado en el norte de la península. Haciendo un uso abundante e inteligente de los materiales de archivo y escritos autobiográficos, Zazzara demuestra cómo esta experiencia marcó un antes y un después en sus trayectorias vital y cultural. Por de pronto en la vital, ya que significó el inicio de un compromiso político sentido como ineludible ante la dura tarea de reconstruir el país sobre bases democráticas, modernas y justas. Pero también, como he dicho, en su trayectoria cultural, en tanto que estos jóvenes advirtieron la exigencia de volver a su pasado más reciente para entender, y explicar al público, las raíces históricas del cataclismo de la guerra. Liso y llano: su vocación de contemporaneístas surgió de las circunstancias humanas tan excepcionales que les tocó vivir. Nunca como en su caso fue más certera la frase de Benedetto Croce según la cual “toda historia es historia contemporánea”.

Ocuparse de la historia “reciente” no era una tarea fácil en la Italia de la época. Todavía durante el Fascismo, era convicción generalizada que aquella no sólo estaba fuera del ámbito de alta cultura, sino que, más bien, era un territorio recorrido por periodistas politizados y autodidactas panfletarios. En el mundo académico, el prestigio de los estudios históricos era inversamente proporcional a la distancia de los acontecimientos analizados, hasta tal punto que ni los catedráticos de “Historia del Risorgimento”, temática que se prestaba al reforzamiento del nacionalismo fascista, podían competir en *status* social con los medievalistas⁴. De manera que estos aspirantes

³ El análisis de la autora se centra sobre todo en una veintena de historiadores destinados a convertirse en referentes intelectuales de la Historia Contemporánea italiana a partir de los sesenta, entre los cuales hay que señalar a: Franco Della Peruta, Claudio Pavone, Guido Quazza, Giuliano Procacci, Enzo Collotti, Luciano Caracciolo, Gastone Manacorda, Renzo De Felice, Giampiero Carocci, Ernesto Ragionieri, Enzo Santarelli, Pasquale Villani, Paolo Spriano y Renato Zangheri.

⁴ Es oportuno recordar aquí que, en la universidad italiana de las últimas cuatro décadas, la asignatura de Historia Contemporánea trataba (y aún sigue tratando) de la historia a partir de, aproximadamente, 1870. El bloque cronológico 1789-1870 era y es analizado en la asignatura de “Historia del Risorgimento”, que no sólo trata sobre Italia, sino que incluye a las historias europea y mundial. Por eso, cuando Gilda Zazzara habla en su libro de “Historia Contemporánea” se refiere a la historia que comienza después de 1870, y sobre todo a la de la primera mitad del siglo XX.

a contemporaneístas se curaron en salud de que la Historia Contemporánea apareciera a los colegas del gremio como algo perfectamente analizable a través de las herramientas del oficio. Dicho de otro modo, que no se dudara de su cientificidad y del rigor metodológico que desplegaría el investigador que se ocupara de ella. Esta preocupación implicaba una primera cuestión de fuste: la relación que aquellos mantendrían con sus maestros universitarios, cuya predisposición hacia la historia reciente fue buena al tiempo que mantenían sus reservas sobre el peligro de que la actividad política afectara la deontología y el respeto del *ethos* académico de sus discípulos. Fue precisamente para evitar conflictos con sus maestros – entre los cuales descollaban figuras como Delio Cantimori, Federico Chabod o Walter Maturi –, y también para distanciarse del *modus operandi* de la historiografía idealista de Croce, que aquellos jóvenes otorgaron una gran importancia a las fuentes documentales⁵. De ahí que, durante muchos años, la recopilación de documentos concernientes a las últimas décadas y, sobre todo, la reflexión acerca de su funcionalidad, ocuparan en su actividad un lugar de primer plano a través de artículos que analizaban el estado de los archivos públicos y privados y el valor de fuentes hasta entonces desacreditadas, como las orales y periodísticas. Se trató de una auténtica “pasión documental” (p. 43) que se podía notar en los voluminosos apéndices que figuraban en los primeros libros de historia reciente que salieron en la posguerra y que, en el fondo, aún revelaba un cierto complejo de inferioridad respecto de la forma de historiar de los medievalistas y modernistas. Del mismo modo, se intensificó la discusión sobre los nuevos sujetos cuyo estudio el contemporaneísta debía asociar a la vieja – y ya insuficiente – historia diplomática, como los movimientos obrero y campesino, los partidos políticos, las condiciones de vida y cultural material de la población italiana, la Iglesia católica, el papel de los intelectuales a la hora de conformar la opinión pública, etc.

Naturalmente, esta labor heurística e historiográfica se presentaba complicada para personas que se movían fuera de una universidad que todavía no ofrecía posibilidades de acceso a la función docente. Es por eso por lo que se les hizo patente la necesidad de construir estructuras científicas autónomas y de apoyarse en los partidos de izquierdas para desarrollar su trabajo. En el segundo capítulo, en mi opinión el mejor del libro, Zazzara realiza una excelente cartografía de las instituciones, editoriales y revistas extraacadémicas que nacieron en los primeros lustros de la República y mediante las cuales los nuevos contemporaneístas lanzaron su desafío intelectual: desde el Instituto Gramsci y el Instituto Nacional por la Historia del Movimiento de Liberación en Italia hasta la potente Biblioteca Feltrinelli de Milán, pasando por una rica constelación de revistas culturales de partido o de área política –*Rinascita*, *Società*, *Mondo operaio*, *Belfagor*, *Il Ponte*– o revistas científicas de orientación progresista –*Studi storici*, *Movimento operaio*, *Italia contemporanea*–. Desde estas plataformas orgánicas o cercanas a la izquierda organizada, los contemporaneístas pudieron no sólo publicar sus primeros libros y artículos y seguir discutiendo sobre problemas de método, sino encontrar en ellas una manera de ganarse la vida como colaboradores becados, periodistas o asalariados. Se entiende ahora mejor por qué el surgimiento de la Historia Contemporánea como disciplina historiográfica estuvo tan ligada a la izquierda. Lo cual tenía también sus inconvenientes en la medida en que los acontecimientos de la vida política provocaban fricciones o conflictos entre las organizaciones de izquierdas y sus

⁵ El escaso contacto con las fuentes de archivo fue siempre una de las principales críticas formuladas a los libros de historia de Benedetto Croce y de sus más cercanos discípulos.

intelectuales. Al respecto, el caso del terremoto político de 1956, detallado en el tercer capítulo, es paradigmático: los historiadores de los que se habla en esta reseña se vieron envueltos en una dolorosa polémica con sus partidos de referencia en torno del fenómeno del estalinismo denunciado por Jrushchov en XX Congreso del PCUS y del papel imperial jugado por la Unión Soviética en Polonia y Hungría, lo que provocó el alejamiento de algunos de ellos de la militancia activa y fuertes discusiones en todas las plataformas arriba mencionadas. Ello no supuso el fin de la relación entre los contemporaneístas y los partidos de izquierdas, pero sí dejó claro a los primeros la necesidad de desvincular el trabajo científico de una lógica partidista. En suma, ya a finales de los cincuenta habían madurado un nutrido *corpus* de investigaciones y reflexiones y una autonomía profesional que les permitiría consolidar sus posiciones y dar el asalto a aquella fortaleza que hasta entonces se les había resistido: la Universidad. Que la de los sesenta iba a ser la década de la Historia Contemporánea, comenzó a notarse desde 1961 con la celebración oficial del centenario del Estado unitario, concretada en exposiciones y conferencias esparcidas por todo el territorio nacional. Pese a los esfuerzos del gobierno, el tributo a la epopeya del “Risorgimento” no despertó el interés esperado, y menos entre los contemporaneístas, quienes prefirieron concentrarse en la organización de simposios sobre la historia del fascismo, el antifascismo y los movimientos de masas de la primera posguerra mundial. Definitivamente, el siglo XX iba camino de imponerse al XIX como el segmento cronológico de moda, tanto entre los estudiosos de Historia como en las filas de las izquierdas radical y moderada. No sin razón, Zazzara habla de un “eclipse del Risorgimento” que se consumió paralelamente al reconocimiento institucional de la Historia Contemporánea, iniciado en 1960 con la creación de la primera cátedra *ad hoc* en la Universidad de Florencia. A partir de entonces, se asistió a la incorporación académica de todos los historiadores que habían trabajado al margen de la Universidad, y a una explosión de publicaciones sobre los movimientos católico, obrero y campesino, el fin del Estado liberal y el inicio del fascismo, la figura de Benito Mussolini, el segundo conflicto mundial, el nazismo y la República de Saló, etc. Asimismo, aparecieron las primeras síntesis sobre la historia de la Italia reciente, nuevas revistas especializadas y manuales de secundaria que desafiaban la regla no escrita de evitar temas posteriores a la Gran Guerra. En conjunto, se trató de una revolución historiográfica que fue acompañada por los medios de comunicación y ampliada por los estudiantes de Letras del movimiento estudiantil de 1968, cuya convicción de encarnar una “Segunda Resistencia” les animó a estudiar las causas que habían determinado, en su opinión, el fracaso de la Resistencia de los años cuarenta, vista como “ocasión perdida” para una renovación socialmente radical del país⁶. El libro de Gilda Zazzara termina sustancialmente aquí, a las puertas de una década de los setenta durante la cual la Historia Contemporánea se convertiría, de una vez por todas, en el ámbito historiográfico más atractivo para los investigadores italianos. Su análisis del afianzamiento de los contemporaneístas en los años sesenta es, como el resto de la obra, sugerente y estimulante, pero no tan completo; se echa en falta la reconstrucción de uno de los aspectos más prosaico de esta historia, y sin embargo esencial para su comprensión detallada, como es el de las oposiciones universitarias y las luchas políticas que las envolvieron. La autora recuerda la oposición a la primera cátedra de

⁶ Sobre la lectura que hizo el movimiento estudiantil de 1968 de la Resistencia, véase también el libro de Filippo Focardi, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito italiano dal 1945 a oggi* (Roma-Bari: Laterza, 2005), cap. IV.

Historia Contemporánea convocada en 1960 por la Universidad de Florencia, que ganó el futuro presidente del gobierno Giovanni Spadolini, pero no desarrolla una cuestión que podría haber ofrecido al lector una clave de interpretación utilísima para acabar de descifrar el nexos política-historiadores de la contemporaneidad. Porque todos los partidos políticos italianos trataron de influir sobre los procesos de selección del cuerpo docente universitario. También, claro está, los de Historia Contemporánea.

Es de esperar, por lo tanto, que Zazzara siga y avance con su línea de investigación, porque en *La storia a sinistra* ha demostrado poseer un destacado talento para encuadrar los hechos y protagonistas de su libro, para leer de forma original las fuentes de archivo y la bibliografía a su disposición y para dominar los indispensables instrumentos metodológicos de la deducción, inducción y abstracción. Nos encontramos, en definitiva, ante una obra de obligada lectura para los estudiosos de historia de la historiografía italiana, y de provechosa consulta para aquellos que quieran emprender un estudio comparativo sobre la institucionalización de la Historia Contemporánea en Europa. *Last but not least*, el libro nos ayuda a comprender no tanto los motivos de los “vacíos de memoria” que afectan a la sociedad italiana actual y que he mencionado al principio de este escrito, cuanto su alcance y gravedad. Pocas dudas pueden haber acerca de la diferencia existente entre el gran interés que concitaba en Italia la Historia Contemporánea ya a finales de los sesenta, y el que suscita hoy en día.

Giaime Pala
Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (España)
giaimepa@hotmail.com

Fecha de recepción: 1 de julio de 2013

Fecha de aceptación: 12 de julio de 2013

Publicado: 31 de diciembre de 2013

Para citar: Giaime Pala, “Gilda Zazzara, *La storia a sinistra. Ricerca e impegno politico dopo il fascismo*. Roma-Bari: Laterza, 2011, 195 págs.”, *Historiografías*, 6 (julio-diciembre, 2013): pp. 166-170,

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/6/pala.pdf>